

Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia

Fundadora de La Obra de la Iglesia

23-6-2001

Extracto del libro:

**"Luz en la noche.
El misterio de la fe dado en sabiduría amorosa"**

Nihil obstat: Julio Sagredo Viña, *Censor*
Imprimase: Joaquín Iniesta Calvo-Zataráin
Vicario General
Madrid, 2-2-2005

2ª EDICIÓN

© 2008 LA OBRA DE LA IGLESIA

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006	ROMA - 00149
C/. Velázquez, 88	Via Vigna due Torri, 90
Tel. 91.435.41.45	Tel. 06.551.46.44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org
www.laobradelaiglesia.org
www.clerus.org *Santa Sede: Congregación para el Clero*
(Librería-Espiritualidad)

ISBN: 978-84-612-4191-0
Depósito Legal: M. 20.665-2008
Imprime: Fareso, S.A.
Paseo de la Dirección, 5. 28039 Madrid

**DESDE EL SENO DEL PADRE,
EN EL IMPULSO Y EL AMOR
DEL ESPÍRITU SANTO,
POR EL COSTADO ABIERTO DE CRISTO
QUE REPARA INFINITAMENTE
AL DIOS TRES VECES SANTO OFENDIDO,
SE DESBORDAN LOS TORRENCIALES
AFLUENTES DE LA DIVINIDAD
EN COMPASIÓN REDENTORA
DE DIVINA E INFINITA MISERICORDIA
SOBRE LA HUMANIDAD CAÍDA**

El día 22 de junio, Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, al amanecer, invadida por la luz del pensamiento divino que se iba profundizando cada vez más aguda y penetrativamente en lo más recóndito e íntimo de mi espíritu, sobre el misterio de Dios sido en sí y en manifestación esplendorosa de su Majestad soberana hacia fuera;

intuía, descubriéndome muy clara y profundamente, que así como Dios en la infinitud de sus atributos y perfecciones es un solo y único acto de ser en actividad trinitaria de Familia Divina; en el cual su serse serse el Ser y su obrar son en ese solo y único acto de ser, en

el que Dios se es para sí lo que es, sido y estándoselo siendo en sí, por sí y para sí en gozo coeterno y consustancial de Divinidad, por su subsistencia infinita;

en ese mismo acto de ser, aunque de distinta manera, Dios realiza hacia fuera, para manifestación de su infinito poder y el esplendor de la gloria de su Nombre, la creación, y el sublime, divino, sorprendente y subyugante portento de la Encarnación para la restauración de la humanidad caída.

Por lo que veía muy clara y trascendentemente que la creación es un acto personal y trinitario de Dios que, queriéndose manifestar hacia fuera en lo que es y como lo es en la plenitud de su perfección infinitamente repleta de atributos y perfecciones; en y para el esplendor de su infinito poderío en alabanza de su gloria, se pone en movimiento inmutable de voluntad creadora, por el querer del Padre, mediante la expresión del Verbo –el cual es la Palabra cantora en deletreo amoroso de la perfección infinita que Dios se es en sí, por sí y para sí, por lo que «en el Verbo y por el Verbo fueron creadas y realizadas todas las cosas»¹– mediante el amor infinito y coeterno del Espíritu Santo.

Y este mismo día 22, penetrada por las candentes lumbreras del Espíritu Santo, reverente

¹ Cfr. Col 1, 16.

y adorante ante Jesús Sacramentado en el sagrario; y de un modo más trascendente en el momento de la Santa Misa al comprobar que se celebraba la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús;

sintiéndome inundada en silenciosa y profunda penetración e invadida de gozo en el mismo Espíritu Santo que me envolvía iluminándome con los centelleantes rayos de sus soles;

se iba imprimiendo en mi espíritu que rebosaba de gozo bajo la brisa de su cercanía, e introducida en los misterios divinos, cómo la Encarnación es asimismo un acto personal y trinitario en Dios.

El cual, ante la rotura de sus planes eternos sobre la creación por el «no te serviré»² del hombre caído; movido en compasión de ternura infinita, determina, por la voluntad del Padre, en el Verbo, mediante el amor del Espíritu Santo, para el esplendor de su infinito poderío en manifestación de alabanza de su gloria, que el Verbo Infinito se haga Hombre; inclinándose sobre nuestra miseria, lleno de amor misericordioso.

Por lo que Cristo, la segunda Persona de la adorable Trinidad, es en sí, por sí y para sí, y para el Padre y el Espíritu Santo, la Glorificación infinita de reparación ante la Santidad de Dios ofendida; y la Infinita y Divina Misericordia en manifestación personal y esplendorosa, como Verbo del Padre;

² Jer 2, 20.

que, en delecto amoroso de consustanciales melodías por su Divinidad, en expresión divina y humana se derrama en misericordia; levantándonos a la sublimidad de ser, por Él, con Él y en Él, hijos en el Unigénito de Dios, herederos de su gloria y «partícipes de la vida divina»³.

Siendo Dios mismo en su Trinidad de Personas en y por el Verbo Encarnado, la Divina e Infinita Misericordia en derramamientos torrenciales de Divinidad, con corazón de Padre y amor de Espíritu Santo mediante la Canción sangrante y redentora del Verbo.

Por lo que Jesús, siendo Dios y Hombre, es la infinita Misericordia en donaciones eternas de Divinidad, y la Reparación infinita de amor retornativo a la Santidad de Dios ofendida.

Y mi alma, sobrepasada de amor y gozo en el Espíritu Santo, adora al Verbo del Padre, la divina e infinita Misericordia del Dios tres veces Santo; que, derramándose misericordiosamente sobre la limitación de mi nada, me hace exclamar bajo el arrullo y el impulso de la brisa del Espíritu Santo y abrasada en las llamas letificantes de sus refrigerantes fuegos:

«¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos; llenos están los Cielos y la tierra de tu gloria!»⁴.

³ 2 Pe 1, 4.

⁴ Is 6, 3.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, y gloria al Espíritu Santo, por ser lo que es en sí, por sí y para sí en subsistencia infinita de Divinidad, y en manifestación esplendorosa de amor misericordioso, saturándonos a todos, por Cristo, con Él y en Él, de su misma y coeterna Divinidad.

Dios, «porque es Amor y ama y es Amor y puede», se desborda en derramamiento de misericordia infinita, coeterna y trinitaria sobre la ruindad de nuestra limitación y miseria, tan divinamente que podemos llamar a Dios «Padre» en derecho de propiedad, por Cristo, siendo injertados en el Verbo de la Vida, de forma que Jesús exclamaba:

«... que todos sean uno como Tú, Padre, en mí y Yo en Ti, que también ellos sean uno en nosotros, de forma que el mundo crea que Tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que Tú me diste, a fin de que sean uno, como nosotros somos uno.

Yo en ellos y Tú en mí, para que sean perfectamente uno y conozca el mundo que Tú me enviaste y amaste a éstos como me amaste a mí»⁵.

A mayor miseria, más grande y sobreabundante misericordia de reparación ante Dios, y mayor sobreabundancia de gracia para nuestras almas.

⁵ Jn 17, 21-23.

Misericordia que, en y por el derramamiento de la gloria de Yahvé en desbordamiento de amores eternos e infinitos, lleno de compasión y ternura, se nos manifiesta y dona a raudales por el costado abierto de Cristo; siendo Cristo –el Unigénito Hijo de Dios, la segunda Persona de la adorable Trinidad– la divina e infinita Misericordia: el Cordero Inmaculado que quita los pecados del mundo, para gloria de Dios Padre, bajo el impulso y el amor infinito del Espíritu Santo.

Y «así, mediante la Iglesia, los Principados y Potestades en los Cielos conocen ahora la multiforme sabiduría de Dios, según el designio eterno, realizado en Cristo, Señor nuestro, por quien tenemos libre y confiado acceso a Dios por la fe en Él»⁶.

Por lo que hoy mi espíritu, nuevamente iluminado por el pensamiento divino, y como desbordado de amor hacia el Unigénito de Dios hecho Hombre –siendo Él el derramamiento de la infinita misericordia y la Misericordia Infinita Encarnada–; e iluminado bajo sus candentes y sapientales lumbreras, penetró y sigue penetrando de una manera profundísima con necesidad de manifestarlo y bajo el impulso vehemente y como incontenible del Espíritu Santo para que lo exprese, en las perfecciones coeternas del Infinito Ser, siéndolas en sí, por sí y

⁶ Ef 3, 10-12.

para sí, y manifestándose en amor compasivo de divina, infinita y coeterna misericordia.

«Benedicid al Dios del cielo y proclamadle ante todos los vivientes, porque ha sido misericordioso con vosotros. Es bueno guardar el secreto del rey, y es un honor revelar y proclamar las obras de Dios»⁷.

Sintiéndome, al mismo tiempo, temblorosa y asustada ante mi imposibilidad de poder expresar lo que, tan profunda y claramente, vengo descubriendo y comprendiendo; sin encontrar la manera adecuada de explicarlo y proclamarlo, por la pobreza de mi limitación y la rudeza de mis inexpresivas, pobres y detonantes palabras, por mucho que lo repita; para que el hombre, acostumbrado a mirarse siempre a sí mismo, pueda comprender algo de lo que mi alma, bajo la miseria de mi nada e impulsada por el Espíritu Santo, tiene que manifestar; tan distinto y distante de la capacidad de la criatura ante la realidad existente y subsistente de la excelsitud excelsa y coeterna del Infinito Ser.

Pues, como dice San Pablo: «El hombre carnal no percibe las cosas del Espíritu de Dios; son para él locura y no puede entenderlas, porque hay que juzgarlas espiritualmente. Al contrario, el espiritual juzga de todo, pero a él nadie puede juzgarle. Porque ¿quién conoció la mente del Señor para poder enseñarle? Mas nosotros tenemos el pensamiento de Cristo»⁸.

⁷ Tob 12, 6-7.

⁸ 1 Cor 2, 14-16.

¡Qué santo es Dios y qué bueno! que, sin necesitar nada en sí, por sí y para sí, por tener su posibilidad infinita infinitamente sida y poseída en su acto de ser en intercomunicación familiar de vida trinitaria; por una benevolencia de su coeterno poder en realización acabada en y por el misterio de la Encarnación, se goza en hacernos felices a nosotros, pobres criaturas salidas de sus manos por un querer de su voluntad rebotante de ternura en desbordamiento de amor compasivo y misericordioso.

¡Qué gloriosamente quiere Dios manifestar hacia fuera lo bueno que es desbordándose en misericordia infinita hacia el hombre! –aunque sería igual de bueno si no lo hiciera, ya que Dios no es bueno esencialmente por lo que hace, sino por lo que es y cómo lo es– sacando una manera casi imposible para Él mismo: «Emmanuel, “Dios con nosotros”»⁹, que, clavado en la cruz y pendiente de un madero, exclama: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que Yo os aliviaré»¹⁰.

«El que come mi Carne y bebe mi Sangre habita en mí y Yo en él, y Yo le resucitaré en el último día»¹¹.

¡Bendito Redentor, el cual hace inclinarse misericordiosamente a la bondad del Dios tres veces Santo hacia el hombre pecador, de una manera tan gloriosa que, en el Cristo del Padre, por

⁹ Is 7, 14.

¹⁰ Mt 11, 23.

¹¹ Jn 6, 56. 40.

la unión de la naturaleza divina y la naturaleza humana en la persona del Verbo, Dios se hace Hombre y el Hombre es elevado a la dignidad sublime y trascendente de ser Hijo de Dios!

¡Bendito Redentor, el Ungido de Yahvé, que siendo el Unigénito de Dios, manifestación esplendorosa del infinito poder, nos levanta por los méritos de su crucifixión redentora a la dignidad de ser hijos de Dios en su Unigénito; re-encajándonos tan sublime, sobreabundante y trascendentemente, que pudiéramos llegar a llenar el plan del que nos creó sólo y exclusivamente, según sus designios eternos, para que le poseyéramos!

Y ¡terrible responsabilidad la del hombre!, no sólo por el «no» del pecado de nuestros Primeros Padres, sino por no aprovecharse de la Fuente de la misericordia infinita que se nos da en y por la Redención de Cristo; y despreciándola e incluso ultrajándola, se rebela de modo tan inconcebible e inimaginable contra el único Dios verdadero, que se nos dona, en desbordamiento de misericordia, mediante el precio de la Sangre de su único Hijo, Jesucristo su Enviado, derramada en el ara de la cruz; abusando de la misericordia infinita y ultrajando al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Dios se manifiesta como es en el esplendor de su infinito poder, lleno de majestad, mag-

nificencia y gloria, derramándose en misericordia; para que el hombre, aprovechándose del fruto de la Redención, con corazón contrito y espíritu humillado se vuelva hacia Él, que perdona «no siete veces, sino setenta veces siete»¹², al que, arrepentido, busca el perdón, la reconciliación y unión con Dios en el Sacramento de la Penitencia y en los demás Sacramentos, afluentes de los manantiales de la vida divina.

Y esto lo hace Dios de tal forma que, la mente del hombre que conozca algo de la excelencia subsistente, suficiente y divina del que Es, jamás lo podrá barruntar, comprender ni descubrir, aun penetrando su misterio, si el mismo Unigénito de Dios no se lo manifiesta, según sus divinas palabras: «Nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, y nadie conoce bien al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar»¹³.

Mi vida es un poema y un martirio. Un poema de inéditos amores, y un martirio de incruenta inmolación por el contraste que experimento entre lo divino y lo humano, el Cielo y la tierra, la criatura y el Creador, al tener que expresarme por mi ruda, detonante y pobre proclamación, sin lograr conseguirlo como lo necesito.

¹² Mt 18, 22.

¹³ Mt 11, 27.

¡Qué claramente comprendo que el Amor Infinito, desbordándose de amor y ternura, lleno de compasión, se hiciera Hombre para donarse en divina e infinita misericordia sobre la miseria...!

Siendo Cristo el sublime Portento de la misericordia de Dios, que es y encierra en sí, por su Persona divina, la Divinidad reparada, y, en su naturaleza humana, la reparación infinita ante la Santidad de Dios ofendida; y es el Restaurador de la humanidad por el precio de su Sangre divina en Cántico de alabanza a la excelencia de Dios y de compasión misericordiosa reventando en sangre por todos sus poros, como víctima expiatoria que, en Redención cruenta, repleta y satura de Divinidad a todo aquél que quiera aprovecharse de su Sangre derramada en el ara de la cruz para la remisión de los pecados.

¡Qué maravillosamente majestuoso es el esplendor de la gloria de Yahvé siéndose y manifestándose!

Y ante la excelencia infinitamente subsistente y suficiente del que Es, y su derramamiento hacia la humanidad, lleno de amor misericordioso; bajo la nulidad, la pobreza y la miseria de mi nada por la limitación de mi bajeza y ruindad, volviendo a mi canto de amor puro en himno de alabanza, exclama mi alma, sobrepasada y llena de gozo en el Espíritu Santo:

¡Quién como Dios...!; y ¡qué tiene que ver la criatura ni todo lo creado con el Creador...!

Y llena de agradecimiento al Dios misericordioso tres veces Santo, necesito contar de una manera sencilla y espontánea lo que me sucedió, siendo aún muy joven, cuando estaba despachando en el comercio de mis padres.

Para lo cual transcribo a continuación este fragmento de un escrito del 8 de mayo de 1997.

«Un día, [...]»¹⁴ que entraron en nuestra tienda unas desgraciaditas mujeres de mala vida, inmediatamente me puse a atenderlas, para que no tuviera que hacerlo mi hermano Antonio.

Y las pobrecitas empezaron a hablar de una manera muy descocada, diciendo muchas picardías entre sí, y palabras soeces.

Ante lo cual, yo, indignada, corrí presurosa a la trastienda donde estaba mi hermano, y como con mucha dignidad religiosa –¡pobre de mí!–, le dije:

“En nuestra casa y en nuestro comercio, teniendo nosotros la imagen del Sagrado Corazón puesta en el centro de la tienda, ¡no podemos permitir que se hable de esta manera!

¹⁴ Con este signo se indica la supresión de trozos más o menos amplios que no se juzga oportuno publicar en vida de la autora.

Por lo tanto, ¡ahora mismo!, salgo corriendo y las despido”.

Mientras que mi hermano, con la misma dignidad y orgullo religioso que yo, me decía:

“¡Échalas!, ¡que se vayan de nuestra casa!”.

Y cuando salía presurosa de la trastienda para despedirlas, diciéndoles –con lo que yo creía santo orgullo– que en nuestra casa, ¡tan religiosa y tan digna!, no se podía hablar así...; ¡oh! [...] lo que me sucedió:

Se grabó en lo más profundo y recóndito de mi espíritu una frase que, por mucho que esta pobre hija de la Iglesia viva, nunca la podré olvidar:

“Por ellas he derramado toda mi Sangre...”.

Ante lo cual, parándome en seco, rápidamente volví donde estaba mi hermano, diciéndole profundamente compungida e impresionada:

“Antonio..., ¡por ellas ha derramado Jesús toda su Sangre...!”.

Mi hermano, no conociendo el porqué de mi cambio de postura, me contestó muy contundente:

“¡Despídelas!, ¡que se vayan!, ¡que se vayan...!”.

Entrando de nuevo en la tienda, impresionada porque ¡no era un poco o una gotita, no, sino toda la Sangre de Jesús la que había sido derramada por cada una de ellas!; sentía ¡tanto amor...!, ¡tanta comprensión...!, ¡tanta ternura...!,

que, si hubiera sido Jesús el que estaba allí, no le hubiera podido atender mejor.

De forma que experimentaba el deseo de tirarme a sus pies y, abrazándolos, besárselos [...]; yo que siempre he sido tan limpia y “escrupulosa”, ¡con lo sudorosos y sucios que, a veces, los clientes llevaban los pies...!

Pero, ante el pensamiento de que Jesús había derramado por cada una de aquellas desgraciaditas mujeres toda su Sangre, me sentía derretir de ternura y amor hacia ellas.

Siendo esto para toda mi vida una lección profundísima que el Señor dio a mi alma, para que comprendiera y disculpara la fragilidad humana, y amara a las almas como las amaba Él; ¡porque, por todas y cada una, Jesús había derramado, no una poquita ni una gota, sino toda su Sangre santísima en Redención de amor misericordioso!

Viniéndome hoy al pensamiento, llena de amor y compasión, el pasaje del Evangelio en que Jesús, solo ante la mujer adúltera, le dijo: “Mujer... ¿nadie te ha condenado...? —Nadie, Señor... —Yo tampoco te condeno; vete y no peques más”¹⁵».

Y sobreabundando en la grandeza desbordante e inimaginable de la misericordia de Dios

¹⁵ Jn 8, 10-11.

derramándose sobre el hombre por Cristo, siendo Cristo en sí y por sí la Misericordia Infinita y el Manantial de la misericordia que se nos da a través de María en el seno de la Santa Madre Iglesia, ánfora preciosa, repleta y saturada de Divinidad; quiero manifestar también lo que el mismo Dios, otro día, me mostró imprimiéndolo en mi espíritu: algo tan hermoso como difícil de explicar por la magnitud y la grandiosidad de cuanto penetré sobrepasada de gozo en el Espíritu Santo.

8-5-1997
(Fragmento)

«Contemplé al Padre Eterno en las alturas de su majestad soberana, rebosando de paternidad amorosa; como con sus brazos abiertos, e inclinado en derramamiento sobre Cristo en la cruz.

Y del Seno amoroso del Padre, abierto, brotaba, como a borbotones incontenibles, a raudales de afluentes desbordantes de Divinidad, su amor misericordioso sobre Cristo, el Cristo Grande de todos los tiempos.

Y a través del pecho santísimo del Verbo Infinito Encarnado, salía, del afluyente de los infinitos Manantiales del Padre, todo cuanto, desde la altura de su santidad intocable, en derramamiento de amor y misericordia infinita, volcaba sobre Él en torrenciales cataratas de donación al hombre.

Cayendo desde Cristo, clavado en la cruz, por su costado abierto sobre toda la humanidad, los raudales luminosos de la plenitud de la riqueza, recargada de dones, con que el Padre, a través de Cristo, en amor misericordioso de redención, repletaba a aquellos que se ponían a recibir el derramamiento de su misericordia; saturándolos en los infinitos y eternos Manantiales que, desde la grandeza de la Divinidad, su Santidad excelsa, inclinada hacia la humanidad caída, le donaba por su Unigénito Hijo Encarnado, en desbordamiento de misericordia infinita.

¡Qué hermoso...!, [...] ¡qué majestuoso...!, ¡qué sublime...!, ¡y qué difícil de comunicar, por soberano!, lo que es Dios y lo que, en un instante, mi alma, pequeñita, anonadada y sobrepasada, contempló ante la inmensidad magnífica del Padre Eterno; que, en derramamiento de amor infinito, a través de Cristo, se nos daba, por el fruto de la Redención, desde los afluentes de sus infinitos Manantiales.

¡La donación amorosa de misericordia infinita brotaba a borbotones incontenibles y desbordantes desde el Seno del Padre al pecho de Cristo; y desde el pecho de Cristo, clavado en la cruz entre Dios y el hombre, se esparcía sobre toda la humanidad; por lo que había que ponerse a recibir, a los pies del Hijo de Dios crucificado, con alma abierta, el fruto de la Redención, como donación del Dios Excelso

desparramándose en sus torrenciales Manantiales sobre el hombre por el amor del Espíritu Santo...!».

¡Misterio infinito del amor de Dios, que realiza, por el poderío de su infinita magnificencia, algo tan inimaginable, que Cristo encierra en sí la plenitud de la Divinidad y la recopilación perfecta de toda la creación en cántico glorioso de alabanza infinita ante la excelencia de la Coeterna Trinidad!; siendo Él la segunda Persona de la adorable e infinita Trinidad.

Por lo que «al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el Cielo, en la tierra, en el Abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre»¹⁶.

¹⁶ Flp 2, 10-11.